

**La violencia como amo terrible, pero un sirviente excelente: Un análisis de la
violencia política desde Hannah Arendt ***

Violence as a dreadful master but an excellent servant: Analysis on political violence
through the lens of Hannah Arendt

Por: Scolari, María Paz

Universidad Nacional del Nordeste.

Resistencia, Chaco. Argentina.

E-mail: Pazscolari@gmail.com

Fecha de recepción: 08/03/2024

Fecha de aprobación: 20/04/2024

DOI: <https://doi.org/10.30972/ach920247460>

Resumen

Este artículo se propone analizar la relación entre poder y violencia en el ámbito político, centrándose en la dinámica entre estos conceptos y el papel que desempeña en ella el miedo. Se examina cómo la violencia puede ser tanto una herramienta destructiva del poder como así también una herramienta eficaz cuando se utiliza en conjunción con el miedo. En este contexto, nos interesa proponer un examen crítico a través de perspectivas filosóficas, siendo Hannah Arendt nuestra principal autora de referencia, junto a ejemplos históricos. Nos proponemos cuestionar la necesidad y la efectividad de la violencia en el ámbito del poder político, y replantear su papel en la sostenibilidad y el ejercicio legítimo del poder.

Palabras claves: Poder Político – Violencia – Política – Dinámicas de Poder – Hannah

* Este escrito fue realizado como un informe final dentro del marco de Seminario I: Un análisis de una obra filosófica de la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE).

Arendt.

Abstract

This article aims to analyze the relationship between power and violence in the political sphere, focusing on the dynamics between these concepts and the role that fear plays in them. It examines how violence can act as both a destructive tool of power and an effective tool when used in conjunction with fear. In this context, we are interested in proposing a critical examination through philosophical perspectives, with Hannah Arendt as our main reference author, and through historical examples. We aim to question the necessity and effectiveness of violence in the realm of political power, and to reconsider its role in the sustainability and legitimate exercise of power.

Keywords: Political power – Violence – Politics – Power dynamics – Hannah Arendt.

Introducción

En una primera instancia, resulta evidente que el poder ha sido un elemento fundamental en los cambios trascendentales de la historia del ser humano y la sociedad. ¿Puede alguien lograr algo sin antes tener poder? ¿Se puede hacer historia sin él? A simple vista, parecería que no. Sin embargo, es en esta afirmación que resulta tan evidente donde debemos dirigir nuestra atención con mayor detenimiento. La cuestión acerca del poder resulta de vital importancia no solo en la actualidad, sino también a lo largo de la historia, por lo que es de nuestro interés problematizar cómo es su dinámica, qué es aquello que lo sustenta, cuáles han sido los análisis al respecto y cómo vemos, asimismo, reflejado esto a lo largo de diversos hechos que tomaron lugar. Pero, ante todo, proponemos como necesario reflexionar también sobre su interminable vínculo con un viejo amigo: la violencia.

El tema central que abordaremos en las siguientes líneas es, justamente, la violencia como base o instrumento subyacente en el ejercicio de todo poder político. Desarrollaremos nuestros conceptos claves (poder y violencia) considerando la perspectiva de diferentes autores y, además, hechos históricos que demuestran de

dónde surge el problema a analizar cuando se vinculan.

En segundo lugar, reconocemos que cuestionar el poder con el fin de comprenderlo no solo nos ayuda a desentrañar su funcionamiento sino también su potencial destructivo si se lo vincula con la violencia, y cómo esto puede ser un pensamiento arraigado que se mantiene sin que la sociedad sea realmente consciente de ello, como algo implícito que viene junto con la práctica del poder. Es por eso que consideramos importante preguntar, ¿poder y violencia tienen una relación tan cercana como para ser de necesidad? ¿Habría poder sin violencia? ¿Puede, asimismo, haber algo más, algo que parezca igual de necesario que la violencia para sustentar el poder? ¿Es la violencia en sí de lo que surge el poder, o existen también otros medios, otras herramientas? ¿Necesitaríamos de la violencia si no existiese la idea de poder? En última instancia, ¿es solo cuestión de analizarla, o es que la única forma de llevar el poder a la práctica es a través de la violencia?

El aporte a dicha cuestión filosófica se centraría en intentar pensar un tercer elemento como intermediario entre poder y violencia, siendo lo que realmente hace que el uso de la violencia sea eficiente en lugar de destructivo en la práctica del poder: el miedo. De este modo, el interés es analizar el vínculo entre estos en el ámbito político para llegar a entender cómo y por qué se justificó a lo largo de la historia, y si dicha relación es tan útil y eficaz como parece en primera instancia. Esto nos lleva a plantear la posibilidad de que el verdadero problema no sea si se hace uso o no de la violencia en el poder, sino del miedo que esta trae consigo. Es por ello que nuestra intención última es replantear la afirmación inicial de que la violencia sustenta el poder para, más bien, proponer la hipótesis de que es el poder lo que vuelve efectivo el uso de la violencia, puesto que, sin el primero, la segunda no será más que un arma de autodestrucción puramente inútil. Y que, para que el uso de la violencia sea útil en el ejercicio del poder, debe intermediar el miedo. De aquí el título del trabajo: la violencia es un amo terrible, pero un sirviente excelente.

1.1. Sobre el poder.

Antes de adentrarnos en la problematización de la relación entre poder y violencia,

y cómo sostenemos que esta relación puede convertirse en un amo terriblemente destructivo, es necesario comenzar por establecer una definición del concepto de poder con el que trabajaremos. Ahora bien, ¿cómo delimitar el poder a un concepto concreto? Lo primero que parecería ser relevante mencionar es que trae consigo la idea de elección, es decir, que el poder es lo que otorga la libertad o el privilegio de tomar decisiones sin obstáculos. Por ejemplo, tener el poder de elegir entre diferentes opciones, actuar de cierta manera o abstenerse de hacerlo. También podríamos decir que esta definición parece corresponder más bien a la libertad, por lo que sería necesario ir más allá para encontrar un distintivo entre ambos. Por ende, ¿es una definición completa?

Según Byung-Chul Han, en su libro *Sobre el poder* (2016), comúnmente suele entenderse al poder enmarcado en una relación causal:

...el poder del yo es la causa que ocasiona en el otro una determinada conducta contra su voluntad. El poder capacita al yo para imponer sus decisiones sin necesidad de tener en consideración al otro. El poder del yo restringe la libertad del otro. El otro sufre la voluntad del yo como algo que le resulta ajeno (p.3).

Esta definición sigue la línea de lo planteado anteriormente, pues si entendemos que el poder me otorga a mí y solo a mí la capacidad de elección, esto implica que tengo una voluntad de decisión de la que otros carecen. Aquí es donde entra una palabra clave para entender la dinámica del poder: la existencia de los otros. Tengo poder en cuanto hay alguien más que no lo tenga, porque solo puede entenderse esta dinámica dentro de los parámetros de mando-obediencia. Hannah Arendt (2006) en *Sobre la violencia* menciona a Jouvenel cuando dice que “«un hombre se siente más hombre cuando se impone a sí mismo y convierte a otros en instrumentos de su voluntad»” (p.50), para luego agregar una cita de Voltaire que explica que “«el poder consiste en hacer que otros actúen como yo decida»” (p.50). Sería, entonces, inviable plantear una situación hipotética en la que absolutamente todos tengamos el mismo poder, en la misma medida, y ejerciéndolo de la misma forma. Se distingue la necesidad de que, para que exista el poder como tal en un lugar, tiene que haber otro en el que no lo haya, y sobre el cual se despliegan los efectos del primero. ¿Y dónde encontramos plasmada esta

idea? En la esclavitud, donde la relación amo-sirviente implicaba el poder absoluto de un lado y, en consecuencia, la completa carencia de poder del otro lado¹.

Este primer acercamiento a delimitar el concepto de poder parece asociarlo a un instrumento mediante el cual se puede ejercer dominio o sometimiento sobre otros contra su voluntad, con el único propósito de satisfacer los deseos de quien sea poseyente del poder en primera instancia. Tal perspectiva parece ofrecer una visión negativa de la dinámica del poder, ya que el único beneficiado será siempre el que ostenta el poder, nunca el subordinado. El ejemplo más gráfico para ilustrar esta manera de entender el poder, intentando traerlo a ejemplos más actuales, la encontramos en algo tan simple como la existencia de las constituciones y las leyes, tratándose de normas que regulan lo que los ciudadanos pueden y no pueden hacer. ¿No tienen, entonces, poder estas normas? Puesto que someten a la voluntad de lo que las mismas ordenan, las leyes nos rigen a todos por igual, al menos en teoría, por lo que en donde haya normas que acatar y estas sean obedecidas, habrá un ejercicio de poder presente en ellas.

Otro ejemplo posible es reemplazar la idea de ley por la de un rey, como en las monarquías, pero asimilándolo a un rey que es también un tirano. Esta parecería ser la figura típica en la cual se concentra el poder, puesto que es quien debe tomar las decisiones y asumir la responsabilidad de gobernar a los ciudadanos. Es fácilmente reconocible al personaje del rey que somete a sus súbditos a sus propios deseos y voluntades, siendo el dueño de la palabra, quien da las órdenes, mientras que cualquiera que no sea él, es decir, los otros, son quienes cumplen un rol de sumisión. El poder, ya sea entendido en la figura de rey tirano como en la de las leyes, será visto como un instrumento de sometimiento y dominación.

En esta visión negativa, casi podríamos decir que violenta, el poder se sitúa en un

¹ Encontramos un punto para diferenciar la libertad del poder. En el caso del amo y el esclavo, solo uno tiene poder, pero ambos tienen libertad. Esto sucede si lo comprendemos como que, a pesar de ser el amo el que da órdenes sobre el esclavo, y aunque el esclavo responda a dichas órdenes (coaccionado y sumiso), en tanto ser humano sigue teniendo la posibilidad de rebelarse y llevarle la contraria al amo, sin embargo, no tiene el poder de hacer esto. Como tal, en tanto ser humano puede decidir, pero se estableció esta relación de mando-obediencia dentro de la cual es despojado de la necesidad de tomar sus propias decisiones y, por lo tanto, de tener poder sobre ellas.

lugar, en una autoridad, aunque tal hecho no necesariamente implica que recaiga en una sola persona. Según Arendt (2006), una de las características de la autoridad es “el indiscutible reconocimiento por aquellos a quienes se les pide obedecer; no precisa ni de la coacción ni de la persuasión” (p.62). Pero si el poder debe estar en un único lugar para funcionar, ¿entonces dónde quedan los otros? ¿No cumplen ningún rol además del de sometimiento? Si fuese así, ¿de dónde pensamos que surge el poder? Puesto que, a pesar de encontrarse en un lugar, no tiene sentido pensar que se genera por sí solo allí donde reside, ni que se gana el poder otorgándose a sí mismo. De ser así, todos tendríamos la capacidad de tener el poder cuando quisiéramos, pero no funciona de este modo. Puesto que no puedo darme algo que no tengo, el poder debería venir desde afuera de mí mismo. Entonces, debe venir desde los otros. Y si los otros me dan el poder, entonces, al mismo tiempo, comprendemos que son los otros quienes sustentan o permiten que mí poder exista. Arendt lo define dentro de las propiedades de un grupo, jamás de un individuo, puesto que “cuando decimos de alguien que está «en el poder», nos referimos realmente a que tiene un poder de cierto número de personas para actuar en su nombre” (p.60).

Resumidamente, el poder puede entenderse como una capacidad de elección que otorga libertad y beneficios a quien lo posee como el de influir en el comportamiento, las decisiones o acciones de otros. Esta visión, no obstante, puede ser limitada, ya que el poder también puede ser visto como un instrumento de dominación, especialmente cuando se ejerce sobre otros contra su voluntad. Ejemplos como las leyes o el tirano muestran cómo el poder se utiliza para imponer la voluntad del que lo posee sobre los demás. El pensamiento de Hannah Arendt (2006) con respecto al poder como dependiente del respaldo y el reconocimiento de un cierto número de personas, reafirma la idea de que cuando hablamos de poder siempre estamos hablando de una relación con los otros.

1.2 Sobre la violencia.

Una vez que tenemos mejor delimitada la cuestión acerca del poder, deberíamos hacer lo mismo con el concepto de violencia, como también distinguir los distintos tipos

de violencia que existen.

Byung-Chul Han (2016) mencionará al respecto la costumbre de los griegos de tomar a la tortura como destino o ley natural, por lo cual el uso de la violencia física era visto, ya desde entonces, como medio para un fin, como solución ante un problema. Podríamos considerarla algo omnipresente, incluso cotidiano. Lo mismo sucedía en Roma, donde se arrojaba a los delincuentes a animales que los devoraran vivos. En la Modernidad esta visión cambia, y se usa a la violencia ya no desde lo físico, sino más bien desde el lado psicológico. Pierde el grado de exhibición que antes tenía, deja de ser un espectáculo y, en términos del autor, también pierde legitimidad. Aunque no deja de ejercérsela como tal, ya no es a puertas abiertas. Así es cómo comienza a invisibilizarse, a ser algo que genera rechazo.

Por su lado, para Arendt (2006) lo que distingue a la violencia es su carácter instrumental (p.63), tomándolo como un medio para lograr un fin que, a pesar de ser justificable, jamás podrá ser legítimo; y desde el cual jamás podrá surgir ningún tipo de poder. Zizek (2009) propone hacer una distinción entre tres tipos de violencia: la «simbólica», que radica en el lenguaje; la «subjetiva», es decir, la visible y más detectable, la cual reconocemos porque aparece alterando el curso considerado normal de las cosas; y la «objetiva», siendo la que, a pesar de no ser tan fácilmente visible, es inherente a este curso normal ya mencionado, puesto que es la condición que en primer lugar permitió establecer tal estado de «normalidad». En otras palabras, podríamos considerar la posibilidad de que la violencia esté presente en todo momento, en especial cuando creemos que no es así, pero somos más capaces de reconocer aquella violencia que se vuelve extrema, o cuando la vemos en acción, que aquella que siempre está de trasfondo. En palabras de Zizek:

La lección es, pues, que debemos resistirnos a la fascinación de la violencia subjetiva, de la violencia ejercida por los agentes sociales, por los individuos malvados, por los aparatos represivos y las multitudes fanáticas: la violencia subjetiva es, simplemente, la más visible de las tres (p.22).

Podría decirse que este planteamiento recupera la idea de que la violencia es más que un acto dañino, que la agresión en sí. Al respecto, Arendt (2006) discute si la

violencia es algo natural en el ser humano, si la agresividad tiene un componente irracional o si, por el contrario, también puede ser racional. Menciona que:

Se dice que la agresividad, definida como impulso instintivo, tiende a realizar el mismo papel funcional en el marco de la Naturaleza que desempeñan los instintos nutritivo y sexual en el proceso de vida de los individuos y de las especies (p.81).

Podríamos comprender que la agresividad forma parte de una de las necesidades básicas, como si fuese algo necesario de llevar a cabo. Sin embargo, esto nos lleva a considerar dos modos, es decir, si la violencia no tiene causa entonces es irracional, pero en caso de tenerla se volverá racional. Para nuestra autora, “la rabia y la violencia se tornan irracionales sólo cuando se revuelven contra sustitutos” (2006, p.87) porque para ella la violencia no es irracional, lo irracional sería la ausencia de rabia ante las injusticias.

Encontramos en dichas reflexiones un punto interesante al respecto de la agresividad al considerar en ella la posibilidad de ser racional al tener una causa. La violencia puede ser racional o justificada cuando está dirigida contra causas legítimas, pero se vuelve irracional cuando se desvía hacia objetivos injustos o inocentes en lugar de volverse contra dicha causa original. La verdadera irracionalidad radica, por ende, en la falta de indignación o rabia ante las injusticias, puesto que la rabia es una respuesta natural y legítima, y su ausencia implica una aceptación pasiva o una normalización de la injusticia. Encontramos, empero, un camino para comenzar a pensar cómo la violencia podría llegar a tener un lugar legítimo en el ejercicio del poder, pero sería necesario llegar a distinguir qué se considera una causa legítima y qué la distingue de un objetivo inocente o, en palabras de nuestra propia autora, de un sustituto.

Esta reflexión de Arendt sobre la naturaleza de la violencia la lleva más allá de simplemente considerarla como un acto dañino o de agresión, cuestionando si la violencia es innata en el ser humano, si la agresividad posee un componente irracional o racional. En respuesta, su perspectiva nos invita a considerar las posibles motivaciones y justificaciones subyacentes.

Una vez delimitados estos conceptos, podemos comenzar a distinguir la forma en la

que se vinculan.

2. La violencia como amo: el lado negativo.

¿Pueden vincularse, o allí donde haya una jamás podrá estar la otra? ¿Por qué la violencia es un amo terrible? ¿Qué implica esto? ¿De qué manera se vuelve destructiva en las prácticas del poder político?

Si pensamos que la violencia es el sustento del poder, entonces podría decirse que existe un vínculo de necesidad entre estos conceptos, puesto que allí donde haya poder, tiene que haber también una violencia que lo mantenga. ¿Y en qué medida el uso de la violencia se vuelve negativa en las prácticas del poder político? La primera respuesta la encontraremos en *La república* (2011) de Platón, texto en el cual se presentan cinco formas de gobierno, organizadas de la mejor a la peor. Es en esta obra donde Platón plantea la figura del tirano, un hombre dominado por sus deseos y quien, en su incapacidad para gobernarse a sí mismo, es también incapaz de gobernar de manera correcta sobre otros. La cuestión que nos interesa aquí sobre el tirano se centra principalmente en la idea de que, cuando éste posee el poder, lo utiliza no solo para tiranizar a los ciudadanos, sino también a sí mismo. ¿Por qué sostiene Platón que este es el peor hombre para tener el poder de gobernar? Podríamos pensar diferentes respuestas a tal pregunta. Puede ser porque el tirano jamás será libre sino esclavo, pero también porque, del mismo modo que no será libre, tampoco logrará ser feliz. Sea de un modo o de otro, terminará volviéndose agresivo, violento, y obligando al resto a obedecerle. Tiene el poder, pero en cuanto empieza a hacer uso de la violencia, aun cuando no sea necesariamente para sustentar dicho poder ni para obtenerlo, es cuando perderá el control, y es esto lo que lo vuelve la peor forma de organización. En este pensamiento, un poder que hace uso de la violencia es presentado como un poder negativo, destructor.

Maquiavelo, como segundo autor para contrastar esta línea de pensamiento, propuso que el poder político puede ser conquistado mediante tres medios: el uso de las armas, la intriga y el apoyo del pueblo, frecuentemente manifestado a través de

revueltas o huelgas. En su obra, el autor señala que los gobernantes tienen la autoridad para recurrir a la violencia con el fin de eliminar a sus enemigos, un concepto ilustrado en la historia por figuras como César Augusto, quien antes de asegurar su poder como *princeps* del Imperio Romano, tuvo que eliminar a sus rivales más significativos, Sexto Pompeyo y Marco Antonio, quienes representaban una amenaza para su dominio. Aun así, esto no significa que Maquiavelo defienda el abuso de la violencia, puesto que advertía que ello podía convertir al gobernante en un tirano. Más bien, consideraba que la violencia era necesaria en tiempos de crisis o inestabilidad política, o cuando el poder del príncipe estaba en peligro, como un medio para restablecer el equilibrio y reafirmar el poder establecido.

Esta perspectiva, contraria a la de Hannah Arendt, propone una vinculación entre el poder y la violencia, aunque la considera como una herramienta necesaria en momentos críticos más que como un principio fundamental de gobierno. Lo que mantiene el poder dentro de este pensamiento no es otra cosa sino la violencia, ya que, si los hombres no son buenos, entonces tampoco se puede ser bueno con ellos a la hora de gobernar. La violencia es necesaria para sustentar el poder cuando éste está en crisis. Lo que buscamos recuperar del pensamiento de Maquiavelo es cómo se avala la violencia aun reconociendo su potencial destructivo. Como ya se ha mencionado, no se trata de abusar de ella, justamente porque el autor también sostenía que esto se vuelve en contra del príncipe, convirtiéndolo en un tirano comparable al descrito por Platón. Por ende, es pertinente que nos preguntemos cuál sería un parámetro para distinguir hasta qué punto la violencia es una herramienta eficaz como sustento del poder, y en qué punto se vuelve destructiva.

Un último autor que nos ayudará a seguir dentro del pensamiento de la violencia como amo será Hobbes. Al respecto mencionaremos a Horacio Rosatti, doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales, quien expone en su *Ensayo sobre la muerte* (2019) lo siguiente:

Hay quienes, como Thomas Hobbes, (1588-1679), consideran que el ser humano en estado de naturaleza —es decir, antes de organizarse en sociedad— es

predominantemente envidioso (“el hombre es el lobo del hombre”, afirma), lo que lo lleva a vivir en una situación de temor, recelo o guerra permanente que solo puede evitar creando un Estado absoluto y cediéndole definitivamente todos sus derechos al soberano–gobernante, si es que no quiere resignarse a vivir una vida solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta (p.22).

Thomas Hobbes argumentaba que todos tenemos pasiones, pero la principal que buscamos es la supervivencia, lo que nos lleva a que desconfiemos los unos de los otros, metiéndonos así en un constante estado de guerra en el que todos están en contra de todos. Podríamos vincular tal estado de guerra con un momento de violencia extrema e incontrolable. Sin embargo, según el autor existía una ley natural que nos hace buscar la paz por sobre la guerra. Esto es gracias a la razón, que se distingue de las pasiones y, asimismo, las regula, llevándonos a buscar la propia seguridad. Al existir deseos de evitar la guerra en la naturaleza de las personas, esto permite establecer acuerdos. Hay dos razones por las que los humanos se unen y forman un orden social: las causas próximas, que sería el contrato social, y las causas remotas, que podría ser tanto la razón como la constante guerra e inseguridad que encontramos en el estado natural (en otras palabras, el miedo a la inseguridad).

Nuestro autor llegó a enumerar diecinueve de estas leyes naturales, en las cuales se destacan, en primer lugar, la búsqueda de la paz siempre y cuando esta sea alcanzable. De no serlo, es válido generar una guerra como protección propia, pero antes de esto el hombre debe intentar evitarlo a toda costa. En segundo lugar, debe ser capaz de renunciar a sus propios derechos ante la posibilidad de establecer un contrato que los lleve a la paz. Y, en último lugar, debería estar dispuesto a cumplir con lo pactado en el anterior punto. Dichas leyes no se cumplirían en el estado natural, ya que para ello es necesario un poder superior que obligue en cierta forma a las personas a cumplir con los pactos. Esto quiere decir que para que todo lo dicho pueda darse, para que el momento de violencia absoluta deje de poner en peligro a los humanos, debe haber un único poder que sea capaz de imponerse, obligar y castigar a aquellos que no tengan intenciones de seguir las leyes naturales.

El motivo más importante por el cual se organiza una sociedad es la de preservar las

vidas de los hombres, la de otorgarles seguridad a los mismos, dando fin a la violencia entre ciudadanos. Para esto, es necesaria una convivencia social que sea regulada por un pacto. Y, como ya se ha mencionado, se necesita de un poder absoluto que lo permita.

Podríamos considerar la posibilidad de que exista un vínculo entre el pensamiento presentado de Hobbes y el de Maquiavelo ya que nos dan a entender que, dado que los hombres son inherentemente violentos, se necesita un poder superior, todavía más violento, para establecer y mantener la paz. Al respecto, Horacio Rosatti cuestiona que “si nos detuviéramos un instante en reflexionar sobre el predominio de la envidia (...), el Estado sería insuficiente, o debería ser tan coactivo para imponerse a nuestro talante dominante que se haría intolerable” (2019, p.23). Este debate sobre el uso de la violencia política se ilustra con el período de subversiones y golpes de estado en Argentina, entre 1955 y 1983. Durante este tiempo, tanto grupos de izquierda como de derecha emplearon la violencia armada como metodología política para imponer sus ideologías, lo que resultó en un período oscuro de inseguridad y peligro. Sus métodos y objetivos eran diferenciados. Los de izquierda actuaban contra miembros de las fuerzas de seguridad y empresarios. Los asesinaban, secuestraban y atentaban contra ellos, con el objetivo de imponer la toma del poder y la instauración de un régimen socialista nacional. Los grupos de derecha cometían atentados contra dirigentes, sindicalistas e intelectuales de izquierda. Básicamente estamos hablando de un momento histórico que luego solo siguió empeorando. Las subversiones se volvieron moneda de cada día, generalizando todo tipo de violencia, hasta llegar al denominado proceso de reorganización nacional.

Lo que nos interesa de los sucesos mencionados también está relacionado con las ideas de Hobbes y Maquiavelo sobre la violencia y el poder. En la Argentina de ese entonces podemos distinguir una gran cantidad de violencia que no hizo más que crecer hasta desembocar en el último golpe de Estado, el cual representa hoy en día una de las épocas más oscuras y dolorosas del país. Se utiliza la frase "guerra contra la subversión" para describirla, lo que nos ofrece la idea de que la violencia no empezó con el golpe de

Estado como tal, sino que este llegó contra la misma, casi podríamos decir con la supuesta intención de acabarla. Anterior a tal suceso ya había asesinatos, secuestros y guerrillas, anterior a tal suceso, como ya hemos mencionado, la violencia ya era corriente todos los días.

Esto nos hace preguntarnos si lo que sucedió no fue también la única forma que se pensó en su momento que resultaría útil para darle un fin a las subversiones. Y resaltamos esto: útil. No como un intento de justificar lo que finalmente significó tal suceso, porque por algo lo consideramos dentro de una visión negativa de la violencia en el poder, sino más bien de plantear la posibilidad de que lo hayan considerado la única manera viable de combatir una violencia que ya estaba instaurada.

Bajo la visión de nuestros dos autores principales, tendría sentido teórico y sería viable combatir la violencia de las subversiones con violencia de Estado, aun cuando un pensamiento de este tipo suene tan cruel en primera instancia. El problema en este punto es que, cuando permitimos que la violencia domine por sobre el poder y se vuelva un amo, los resultados terminan siendo catastróficos, injustificables e inhumanos². Planteamos este como el ejemplo más claro del peor vínculo entre poder y violencia en el ámbito político. En palabras de Arendt, "...un solo hombre sin el apoyo de otros jamás tiene suficiente poder como para emplear la violencia con éxito" (2006, p.70).

Estas reflexiones nos llevan a cuestionar hasta qué punto la interrupción del Golpe de Estado pudo haber afectado el curso de la violencia en Argentina. ¿Habría sido aún más sangriento? ¿La violencia habría llegado a escalar a niveles incluso peores de los que al final llegamos? ¿O es que la violencia fue tan terrible solo porque estaba intentando ser utilizada como instrumento del poder? Arendt menciona una frase de Conor Cruise O'Brien quien, citando a William O'Brien, sostuvo que "a veces, «la violencia es el único camino para lograr una audiencia a la moderación»" (2006, p.107).

² Y, en ese sentido, podríamos volver sobre la idea de Arendt respecto a la irracionalidad de la violencia cuando no se vuelve contra una causa legítima. Cuando la violencia se vuelve la propia causa contra la cual se origina más violencia, nos preguntamos, ¿podemos seguir hablando de volverla contra sustitutos, o deberíamos pensar nuevos parámetros? En este caso, consideramos que en el momento en el que la violencia predomina sobre el poder jamás encontrará una causa que la justifique, resultando de ese modo irracional, puesto que estamos hablando de una violencia que busca un poder del que carece y se antepone a él sin ser efectiva en su ejercicio.

Pareciera que la violencia se percibe como el único instrumento del poder que puede acabar con la violencia en sí, por redundante que resulte. Esto nos lleva de regreso al pensamiento de Hobbes, quien sostenía que se necesita de un poder que regule el estado de Guerra, incluso si para hacerlo necesita volverse todavía más violento. Pero pensamos que este tipo de poder que otorga la violencia es inútil en tanto, en términos de Arendt, la violencia se vuelve un medio que excede al fin. Si esto sucede, si el poder solo existe porque utiliza a la par una violencia que lo mantiene y respalda, entonces cumpliremos con el título de este primer apartado, y la violencia será un amo terrible.

Un amo terrible siempre será fatal, destructivo e incontrolable, y en este aspecto coincidimos con Arendt cuando dice que allí donde haya violencia, jamás habrá un verdadero y legítimo ejercicio del poder en la política, pero consideramos que será solo mientras la primera domine por sobre la segunda. Esto ocurre cuando la violencia se utiliza por un poder que, asimismo, la necesita para existir. En otras palabras, se volverá una herramienta inútil cuando no esté siendo empleada por un poder fuerte y estable, sino para sustentarlo o reafirmarlo. Así es como terminará volviéndose un medio que excede al fin. Por ende, siempre y cuando se haga uso de la violencia a favor del poder y no por él, esta perderá efectividad y dominará, resultando en destructividad.

3. La violencia como sirviente: el lado positivo.

¿Cómo podría la violencia ser un sirviente excelente? ¿Qué significa esto? ¿De qué manera se vuelve positiva en las prácticas del poder político? ¿Si allí donde haya uno jamás estará el otro, de qué forma se sustenta el poder?

Frente a lo expuesto como una visión negativa del vínculo entre poder y violencia, pensamos que sí existe una posibilidad de que la violencia sea usada como una herramienta eficaz sin llegar a resultar terrible, absolutamente destructiva e incontrolable. Para esto, es necesario entender el poder como condición necesaria para la efectividad de la violencia, y no al revés. Recuperando lo ya dicho, la violencia será ineficaz cuando domine por sobre el poder, pero, ¿qué sucede cuando es el poder quien,

sin necesitarla para sustentarse, hace uso de ella? ¿Y cómo podría hacer el poder uso de la violencia sin que ella termine dominándolo? Esto será posible solo cuando haya un tercer intermediario entre ambos, y dicho intermediario será el miedo. Éste será quien otorgue un verdadero sustento al poder, incluso más que la violencia.

Para abordar este tema, regresaremos al pensamiento de Maquiavelo. Uno de los puntos destacados de este autor es su argumento sobre si es preferible ser amado o temido, ante lo cual sostiene que, a pesar de que lo ideal sería ser ambos, esto es imposible y, en consecuencia, es preferible ser temido antes que ser amado. ¿Por qué? Porque el miedo es lo que asegura el poder del Príncipe con mucha más eficacia que el amor. ¿Y dónde podemos ver esto? En dos hechos históricos muy específicos: el bombardeo a Hiroshima y Nagasaki en 1945, y la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Ambos eventos ilustran cómo el miedo es un arma que la Política puede usar a su favor, sin llegar realmente a hacer uso de la violencia, lo importante está en la posibilidad de utilizarla. La Segunda Guerra Mundial tuvo su fin tras un suceso catastrófico, el bombardeo a Hiroshima y Nagasaki. El mismo dejó una gran cantidad no solo de heridos y muertos en el momento de la explosión y los días siguientes a éste, sino también con las consecuencias que el tiempo trajo a los afectados (el desarrollo de enfermedades mortales, por ejemplo). Aun así, uno de los numerosos sucesos que dieron lugar a dicho bombardeo fue el anterior ataque de Japón al Pearl Harbor, una base naval de Estados Unidos ubicada en Hawái, lo cual generó posteriormente que los Estados Unidos declaren la guerra a Japón. La violencia fue usada no solo para dar comienzo al enfrentamiento sino también para terminarlo, ya que días después de lo sucedido en Hiroshima y Nagasaki, Japón se rindió. La cuestión sería si este fin del enfrentamiento violento significó una victoria que trajo la paz de nuevo, y si lo que sucedió es justificable o no para llegar a este fin, ya que, a pesar de ser una tragedia, dio por finalizada la Segunda Guerra Mundial.

El debate sobre la racionalidad y la justificación de la violencia surge nuevamente al considerar un caso como el de la Segunda Guerra Mundial. En este conflicto, tanto

Estados Unidos como Japón utilizaron la violencia en respuesta a causas que consideraban legítimas. Japón atacó el Pearl Harbor, y Estados Unidos respondió con un ataque devastador a Hiroshima y Nagasaki. A primera vista, podría parecer que ambos lados tenían causas justificables para recurrir a la violencia. Sin embargo, esta afirmación se vuelve cuestionable al examinar la magnitud de la brutalidad y la falta de proporcionalidad en los ataques nucleares. ¿El fin de la Segunda Guerra Mundial, que podríamos pensar como la principal justificación para el uso de la violencia por parte de Estados Unidos, puede considerarse una causa lo suficientemente legítima como para racionalizar el uso de una violencia tan extrema? Aunque es posible argumentar que el fin de la guerra y la preservación de vidas futuras justificaban los ataques nucleares como un medio para acelerar el fin del conflicto, también cabe lugar a cuestionar la proporcionalidad y la moralidad de tales acciones, especialmente dada la enorme pérdida de vidas civiles inocentes. Es por ello que en este punto seguimos encontrando un debate con respecto a la racionalidad o irracionalidad de esta violencia, y los límites para determinar la misma.

Cabría mencionar a San Agustín quien, en la Ciudad de Dios, defiende que:

Cualquiera que observe un poco las realidades humanas y nuestra común naturaleza reconocerá conmigo que no existe quien no ame la alegría, así como tampoco quien se niegue a vivir en paz. Incluso aquellos mismos que buscan la guerra no pretenden otra cosa que vencer. Por tanto, lo que ansían es llegar a una paz cubierta de gloria. ¿Qué otra cosa es, en efecto, la victoria más que la sumisión de fuerzas contrarias? Logrado esto, tiene lugar la paz. Con miras a la paz se emprenden las guerras, incluso por aquellos que se dedican a la estrategia bélica, mediante las órdenes y el combate. Está, pues, claro que la paz es el fin deseado de la guerra (Augustinus.it., s.f).

Si la naturaleza humana tiende a buscar la paz sin importar cuál sea el medio para alcanzarla, ya sea violento como no, puesto que a pesar de ello toda victoria llegará a ella, entonces podríamos pensar que todas las consecuencias de las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki encuentran su justificación en que significaron el final de una guerra mundial. Teniendo en cuenta esto, podríamos decir que la violencia

sigue siendo un sustento para lograr el fin de toda guerra, siendo esta la paz, sin importar los medios que se necesiten para lograrla. Ahora, ¿se necesita también del poder para lograr este fin? ¿Sería igualmente efectivo el uso de la violencia si no se tuviese un gran poder político detrás?

Volvemos a preguntarnos de qué lado se encuentra el primer ejemplo presentado. Si bien la violencia por parte de Estados Unidos se utilizó para reafianzar un poder que fue anteriormente atacado, lo que encajaría en el perfil de una violencia dominante, también podríamos argumentar que fue utilizada como un sirviente por dos razones: la primera, que acabó con el enfrentamiento, lo cual indicaría que finalmente el poder se impuso; y la segunda, que dio lugar al segundo evento que describiremos a continuación.

Regresando a la cuestión planteada por Maquiavelo acerca de si es preferible ser amado o ser temido, y siguiendo con los ejemplos históricos, la Guerra Fría fue un enfrentamiento que no significó como tal un uso de la violencia en un encuentro bélico o guerra caliente entre las potencias involucradas (siendo estas Estados Unidos y la Unión Soviética), sino que fue a través de una red de espionaje, guerras periféricas y lo que podríamos considerar amenazas implícitas en el desarrollo tecnológico y armamentista. Esta última fue la principal estrategia que utilizaron, haciendo crecer la tensión ante la posibilidad de un nuevo enfrentamiento nuclear entre estas potencias, lo que significó una polarización, puesto que quien no era de un bando, entonces eso significaba que estaba en el otro.

La situación parecía llevar al comienzo de una Tercera Guerra Mundial, cuyo único impedimento radicaba justamente en lo mencionado con anterioridad, es decir, el miedo, ya que de usarse una vez más las bombas atómicas del mismo modo que se hizo con Hiroshima y Nagasaki, en esta oportunidad significaría una destrucción mutua entre dos potencias igualmente peligrosas. Si no se iniciaba como tal un enfrentamiento bélico, si no se hacía uso de las bombas, si solo se limitaban a crearlas, no era por nada más que para generar miedo en el enemigo, para ganar seguridad al hacer saber que se tiene la misma capacidad de destrucción y que, en caso de cualquier ataque, habrá una

respuesta igual de violenta. Consideramos que estos dos últimos sucesos son el ejemplo más incuestionable de utilizar a la violencia como un sirviente. Puesto que el poder ya estaba establecido, se necesitó del miedo, de una posible amenaza de violencia, para no tener que llegar a utilizarla como tal a los niveles desastrosos a los que podría haberse llegado si se la dejaba dominar.

Pero volviendo por un momento a los conceptos de poder y violencia, en *Sobre la violencia* (2006), Arendt establece una distinción entre ambos. La diferencia radica en que el poder necesita de legitimidad, no de justificación, como sí lo hace la violencia, aunque esta última jamás puede ser legítima ya que nadie permitiría un Gobierno cuya esencia sea violenta. En este aspecto, el poder necesita de la opinión y el apoyo popular, mientras que la violencia solo necesita y depende de instrumentos. Argumenta que “la violencia puede siempre destruir al poder (...). Lo que nunca podrá brotar de ahí es el poder” (Arendt, p.73). Ella, a diferencia de lo desarrollado hasta el momento, defiende que allí donde haya uno, faltará el otro, lo cual implica que donde hay poder no puede haber violencia y que, en caso de que se la necesite, esto solo reflejará una debilidad del poder. Aun cuando toda violencia necesite de algo de poder, para nuestra autora son conceptos opuestos, lo que significa que la violencia nunca engendra poder, solo lo destruye.

En este apartado planteamos algo distinto, y es que cuando se hace uso de la violencia como si fuese un sirviente y no como el sustento del poder, entonces el vínculo entre ambos conceptos no se vuelve de necesidad sino de complementación, y es ahí donde surge el miedo. Cuando hablamos de un claro poder establecido, es decir, de una entidad que ya tiene el reconocimiento de un número importante de personas, entonces no necesita llevar la violencia a la acción como tal para poder sustentarse.

Aun así, nuestra autora insiste en que la violencia como sirviente corre el peligro de volverse amo: “...el peligro de la violencia (...) será siempre el de que los medios superen al fin” (Arendt, 2006, p.109), especialmente cuando se busca con desesperación reestablecer un poder en crisis. Ante esto, defendemos la idea de que ninguna de las dos violencias planteadas, ya sea como sirviente o como amo, será eficiente cuando el

poder sea inestable³.

Podríamos decir con respecto al vínculo entre poder y violencia que dejamos en evidencia el problema planteado, como así también nuestra respuesta.

Conclusión

Es posible afirmar que la violencia fue justificada como medio para lograr un fin, lo que provocó que se normalizara su uso en el poder político puesto que, si el fin es la paz, no importa cómo se llegue a ella mientras se la alcance. Así, el vínculo que la une con el poder parecería, en una primera instancia, ser de necesidad, entendiéndose que la única forma eficiente de tener poder en la política es haciendo uso de la violencia. Pero, ¿es ella lo que en realidad sustenta y mantiene el poder, o podríamos llegar a pensar que esta no es más que una idea más bien destructiva, pero defendida y justificada hasta el punto de normalizarla e impedir concebir otra forma de obtener y defender el poder que no involucre el uso de la violencia?

¿Se puede, aun así, pensar un poder que no necesite hacer uso de la violencia en ningún aspecto, ni siquiera para defenderse? Y viceversa, ¿la violencia tendría la misma efectividad para lograr un fin si no estuviese respaldada por algún tipo de poder? Arendt tampoco defiende lo contrario, puesto que hasta ella reconoce que la violencia puede justificarse, por ejemplo, en casos de defensa propia. Maquiavelo piensa del mismo modo, poniendo a la violencia como lo necesario para asegurar el poder, desligando por completo al gobernante de las cuestiones morales acerca de su actuar. Lo que se sostuvo en este artículo es más bien que el poder puede hacer uso de ella como su sirviente pero que, en cuanto la deje dominar, estará poniéndose a sí mismo sobre un hilo del que ya sabe de antemano que va a caerse. Mientras le permita ser un amo, un medio que excede sus fines, se volverá tan destructiva que puede incluso terminar acabando con el poder mismo, o volverlo dependiente en lugar de ocupar un lugar de

³ Frente a tal planteamiento, cabría seguir preguntándonos qué sucedería en caso de que poco a poco ese poder se vaya desvaneciendo, y qué maneras habría de restaurarlo. ¿Sería suficiente el miedo? ¿Es este tercer involucrado una herramienta igual de útil para reestablecer un poder perdido, o solo sirve para sustentarlo cuando ya está instituido?

complementariedad. La violencia nunca debería tomar el lugar del poder, sino servirle como una herramienta para, por ejemplo, defenderse.

Ya a un nivel más particular, creemos que, aunque sean la violencia y sus medios lo que trae la destrucción, termina en catástrofes y deja muertos y heridos detrás, es en realidad el miedo a la violencia lo que sustenta realmente un poder ya preestablecido. No tener que llegar al extremo de la acción, sino tomar provecho del miedo ante la posibilidad de que esto suceda, nos resulta una situación mucho menos destructiva. Esto no implica que haciendo uso de la violencia podamos llegar a ganar algún tipo de poder que, bajo estos parámetros, sea sostenible, ni mucho menos que el Estado deba tener una imagen a la que temerle para ganarse el respeto y reconocimiento por parte de sus ciudadanos. No vemos el miedo, reiteramos, como una manera de ganar poder, sino solo de mantenerlo. Así, en tanto la violencia sea un sirviente excelente en lugar de un amo terrible, será sencillo afirmar que la relación entre ambos términos (poder y violencia) se volverá de complementación, pero terminará de ser efectiva cuando intermedie entre ambas el miedo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arendt, H. (2006). *Sobre la violencia*. Alianza, Madrid.

Byung-Chul, H. (2016). *Sobre el poder*. Herder Editorial.

Byung-Chul, H. (2016). *Topología de la violencia*. Herder Editorial.

Žižek, S. (2009). *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.

Rosatti, H. (2019). *Ensayo sobre la muerte*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Rousseau, J. (2016). *Discurso sobre las ciencias y las artes*. Ediciones Brontes.

Eggers Lan, C. (2011) (Trad.) Platón. *República*. Gredos, Madrid.

Sztajnszrajber, D. (2020). *Filosofía a martillazos 2*. Buenos Aires: Paidós.

San Agustín. (S-F). *La ciudad de Dios*. URL:

<https://www.augustinus.it/spagnolo/cdd/index2.htm>

Filo News. (20 de enero de 2020). *Michel Foucault para principiantes: ¿Qué*

es el poder y quiénes te vigilan? | Filosofía. [Video]. YouTube. Recuperado de:
<https://www.youtube.com/watch?v=TchgFCgm42U&list=TLPQMjEwODlwMjLPIkwxO8QvVQ&index=1>

Educatina. (14 de febrero de 2012). *Maquiavelo: El Príncipe | Filosofía – Educatina.* [Video]. YouTube. Recuperado de:
<https://www.youtube.com/watch?v=keWr3k2rchg>